

Un gato entre las luces y sombras de Weimar

Por: Janek Kobylinski

Dornach, 17 de abril de 2024

El viaje

El día previo al viaje a Weimar la mayoría de mis compañeros se fueron a descansar temprano. No fue mi caso pues pasé parte de la noche leyendo. A las cinco por la mañana el despertador dio aviso junto con las campanas de la ciudad de Arlesheim de que era el momento para levantarnos. Algunos amigos se organizaron para tomar el tram, mientras que otros preferimos hacerlo en tren. El espíritu que se vivía era de querer andar juntos cuidando unos de otros. Irupé compartió algunos panes para prepararme una merienda. Luego llegó Gerard preocupado por el poco tiempo que teníamos, más aún sin tener cosas para desayunar, así que preparamos algunos emparedados. Fue así como nos fuimos minutos después a la estación de Dornach. Sabía que Irupé estaría preocupada pensando que no llegábamos a tiempo y que llegaría antes que nosotros a la estación central de Basel. Lo que no tomó en cuenta es que el tren es realmente mucho más rápido y, de hecho, aun saliendo más tarde, llegamos antes que los demás.



Arribamos a Weimar casi seis horas después del viaje en tren, rodeados de hermosos paisajes, y luego encontramos con los demás amigos en la parada intermedia de la ciudad de Erfurt en Alemania. Llegamos. La sensación en el alma era calma, de amistad y tranquilidad que se acompasaban con el agradable clima de este nuevo lugar. En la habitación no estuve solo, ni fuimos dos, ni tres...fuimos cinco: Giorgi, Rezo, Nicholas, Gerard y yo. Fue una agradable oportunidad para hablar de todo: de lo que acontecía cada día, de filosofía, del amor y de chicas. Entre juegos, Nico por las noches asumía un rol paterno bien sea para desearnos buenas noches o bien para decirnos que dejemos de hablar y apaguemos todo reflejo de luz. Igual por las mañanas era su voz la que nos decía —Hey niños, hora de levantarse.



Mi deseo apenas llegué fue salir a caminar por la ciudad, llegué así a un primer punto importante dentro de las atracciones turísticas de Weimar: ¡sus helados! Los casi dos euros que costaba cada bola fueron nada para describir la placentera sensación del chocolate amargo en mi paladar. Fue también una buena decisión llevar un buen libro como *Un Curso de Milagros* para leer. Este lo disfruté sentado en el restaurante en la parte exterior de la heladería. —No puedes estar aquí —escuché decir a la voz amable de la camarera del restaurante. —Este lugar es solo para los que compran en el restaurante, no para los que compran helados para llevar—. El sol, el libro, el helado y la vista al Theater platz desde donde contemplaba el busto de Goethe y Shiller como buenos amigos eran algo

demasiado bueno como para dejar ese sitio. —Entonces, dame una cerveza, por favor —le dije. Seguí en este *flow* hasta que sentí oportuno poner una pausa. Al pedirle la cuenta aprendí algo más. —Solo recibimos efectivo. —Vi las monedas que tenía y no eran suficiente para pagar la cerveza ni mucho menos para dejar algo de propina. —¿Recibes francos Suizos? —le pregunté — Puedes ir al ATM que está muy cerca de acá —me sugirió—. Le dije entonces que regresaría en pocos minutos, y dejé mi amado libro sobre la mesa como testigo de mi compromiso y de mi pronto retorno. Una hora después estábamos todos juntos caminando junto con Peter y Constanza para nuestro primer recorrido por la ciudad.



Las luces de Weimar



Así llegamos a la casa que Goethe tenía en el hermoso Parque de Ilm, nombre que recibe por el río que lo surca. Al lugar que fuimos se le conoce como “Goethes Gartenhaus” y cuenta la historia que fue una propiedad comprada por el Duque Carl August para éste, su buen amigo. Fue hasta el día siguiente que regresamos y pudimos conocer por dentro tanto el lar y el jardín privado alrededor DE ESTE. Es curioso que este lugar disponga de la cualidad de estar alejado de la ciudad y a su vez a no más de cinco minutos de esta. Es una hermosa combinación. Cautivó mi atención pensar cómo es que Goethe convivía con la casa, con su jardín interior, pero, sobre todo, con el gran parque de Ilm que lo rodea. Tal vez escuché mal, pero me pareció comentar a Peter que en ocasiones Goethe caminaba desnudo por los alrededores, y que, buscando su privacidad, puso una vez una puerta en medio del puente de madera el cual es necesario cruzar para llegar al parque. En el ambiente se respira una profunda relación con la naturaleza, el arte y el misterio; lo que se corresponden muy bien con lo que las obras de Goethe guardan en su esencia. Así como esta hermosa casa ubicada en Ilm, conocimos también la casa que Goethe tenía en la ciudad, de la que llamaba la atención su gran tamaño, su modestia, y una vez más, su hermoso jardín alrededor. Y tan solo a una cuadra de esta se encontraba el hogar de su buen amigo y figura ilustre de Weimar: Schiller. Ambos fueron muy cercanos entre sí. Contó Constanza que cuando Schiller murió, en 1805, nadie se atrevía a decírselo directamente a Goethe. Fue entonces que éste comentó a su esposa sobre la salud de su amigo, de quien sabía que se encontraba delicado. Su esposa no pudo pronunciar palabra alguna, y a través de ese gesto Goethe se dio cuenta y lloró la partida de su amado colega. Vale la pena en este contexto saber que Goethe murió en 1832.



Fueron casi 90 años después de la muerte de Schiller, y casi 60 años después de la muerte de Goethe que Rudolf Steiner vivió en Weimar, esto es, entre los años 1890 a 1897. El motivo guarda relación, en principio, con el legado de Goethe, toda vez que el último nieto heredero del genio declaró en su testamento que todas las propiedades de su familia habrían de pasar a manos de la princesa de los Países Bajos, su Alteza Real Gran Duquesa de Sajonia-Weimar-Eisenach, llamada Sofía. Algo similar sucedió también con la herencia de Schiller, motivo por el cual, fundó ella el archivo que lleva el nombre de ambos. Es entonces que, en 1890, Rudolf Steiner recibió el encargo de editar las obras de Walther von Goethe (a este trabajo se le llamó la *Sophienausgabe* o “edición de Sofía”). Luego, en 1894

la hermana de Friedrich Nietzsche hizo lo propio, al encargarle la creación del archivo literario para su hermano, quien se encontraba ya postrado y aletargado en sus últimos años de vida, hasta su muerte en 1900. Así, entre figuras como Goethe y Schiller, o bien Nietzsche; Weimar se ha vislumbrado como un bastión artístico, cultural y espiritual para Alemania, Europa y la humanidad; mucho más aún si la consideramos haber sido hogar de otros importantes personajes como Steiner, o el ilustre pintor Lucas Cranach, el reformador religioso Martin Lutero, artistas compositores como Bach, Liszt y Wagner; filósofos como Herder y Schopenhauer; escritores como Hans Christian Andersen; por mencionar algunos de ellos.

Aventura de misterios



El segundo día escuchaba muy atento cómo Constanza nos compartía versos de Schiller y un cuento escrito por Goethe llamado “La serpiente verde”. Conspiramos pronto Gerard y yo para preparar un plan: visitaríamos el parque de Ilm por la noche, y buscaríamos el lugar y momento para leer dicho cuento en alguno de los espacios en los que seguro se habría inspirado el espíritu de Goethe. La noche llegó y empezó la travesía para los cinco de la habitación: compartimos unos kebabs en la calle Dingelstedtstr, caminamos hacia la Markt platz en la que se encuentra la Neptune brunen (estatua de Neptuno). Allí me desvié para contemplar por un minuto el Theater Im Gewölbe que solo podría describir como mágico. Al grito de los muchachos me apresuré hacia la esquina y me recibió Gerard tocando un armonio, cuyo sonido cual de órgano de iglesia barroca me envolvió más en el misterio.



Una vez que cruzamos el pequeño puente de madera nos adentramos en el gran parque. Entre toda la oscuridad logramos ver algunas luces entre los grandes árboles que parecían dibujar “un algo”. Jugábamos diciendo que era probablemente el Hotel California, en referencia al enigmático hotel que aparece en medio de una carretera de la canción de los Eagles. Atravesando un claro nos encontramos con el Sternbrücke, el puente histórico más importante y antiguo de Weimar, construido en el siglo XVII. Giorgi y Nicholas decidieron contemplarlo desde arriba, mientras que me quedé abajo con Rezo y Gerard. Deseé hurgar para contemplar las orillas del río y el curioso túnel en forma de ojo presente entre los arcos. Una vez en este llamaba a los muchachos para decirles que un cisne blanco nadaba en ese momento por el río. Cada escena era más bella e indescifrable. Y no menos curiosa que lo que vendría después que nos encontramos en el Palacio de la ciudad o Stadtschoss. Varios querían regresar a descansar, así que nos abrazamos y, ni bien terminado nuestro gesto de fraternidad, empezaron a sonar doce veces las campanas señalando precisamente la medianoche.





Decidimos regresar Gerard y yo al túnel en forma de ojo y, una vez allí, escuchamos la primera parte del cuento de La Serpiente Verde. No compete a este relato hablar del mismo, solo diré: ¡vaya relato! Pasada una hora aproximadamente decidimos caminar dentro del gran parque completamente oscuro y llegamos, luego de algunos minutos, al Gartenhaus. Allí continuamos diligentes con nuestra misión de seguir leyendo mientras contemplábamos esta modesta y atractiva casa, hasta que por más curiosidad e intriga que el cuento nos ponía por delante, convenimos de alguna forma que era momento de regresar. Pensamos después que fue una buena decisión, dado que una vez que atravesamos el parque hacia el puente pequeño de madera Naturbrücke, pudimos ver cómo un auto arribó a la casa de Goethe tan solo para dar vuelta en U en el punto en que nos habíamos instalado minutos antes para leer el cuento. -Tal vez hicimos bien en salir- nos dijimos ambos.



Y fue así como, apenas saliendo del parque, en una construcción de cemento en forma de medialuna, que dispone de dos patas de ave en sus extremos, nos encontramos con “el gato”. Era pardo, saleroso y de gestos cual estirpe. Se acercaba tanto como buscaba su espacio. Este nuevo curioso ser anduvo a nuestro lado entre contorneos amistosos y gestos de independencia. Ya nada nos parecía raro a esa hora. Solo caminamos conversando con el gato, hasta que, habiendo llegado al final de la Plaza Bethoven, el gato se detuvo, maulló durante medio minuto llamando nuestra atención y, una vez que la tuvo, dio un salto tan alto que le permitió subir hasta la pared del jardín de una casa. Pensamos en un principio que era Bethoven, pero un par de minutos después advertimos que el animal salió del parque de Ilm donde se encuentra la Gartenhaus, y que la casa a la que entró era ni más ni menos que la casa de Goethe. Así entendimos quién fue realmente.

Una luz usurpada

Conocimos otra faceta de Weimar, una que, en la historia de la humanidad, contrasta por lo sombrío con su esplendor artístico, cultural y espiritual. Los nombres que recibió el primer lugar que visitamos al respecto nos introduce al tema con cierta facilidad: visitamos la Plaza de Weimar, antes llamada Plaza de Karl Marx, antes llamada la plaza Adolf Hitler. Me refiero por tanto a la relación de Weimar con el Nazismo.

Para traer un poco de contexto, la primera guerra mundial se desarrolló entre 1914 y 1918, con la disolución de los imperios alemán, austrohúngaro, otomano y ruso. Para Alemania, el periodo que inició en 1919 por casi tres quinquenios es conocido como “La República de Weimar”, toda vez que su nueva Carta Magna fue escrita en el teatro nacional de esta ciudad. Dos años después, en 1921, Adolf Hitler fue nombrado líder del partido Nacionalista Obrero Alemán, conocido como Partido Nazi. Asimismo, en 1926 se celebró la primera conferencia de su partido en la plaza en mención, haciendo uso de una retórica retorcida que se apoyó en los aportes a la humanidad de muchos de los ilustres personajes antes descritos para dar cabida a su vacua doctrina de superioridad. En 1933, Hitler fue nombrado canciller o jefe de gobierno del Estado Alemán, siendo una de sus primeras

acciones la disolución de las instituciones creadas en Weimar y el establecimiento de lo que denominó el Tercer Reich. Todo esto transcurría en una Weimar que rondaba los 50 mil habitantes.



Como sabemos, durante su gobierno y durante la segunda guerra mundial, entre 1939 y 1945, esta Alemania Nazi o Alemania Nacionalista eliminó otras fuerzas políticas y autorizó establecer leyes sin las cámaras, comenzando así una dictadura que como sabemos se caracterizó por el racismo y la

subordinación del individuo por el supuesto bien de una raza aria superior, para lo cual implementaron políticas como la llamada “solución final”, a través de las cuales justificaron el exterminio de cerca de 11 millones de seres humanos, entre personas judías, discapacitadas, homosexuales, testigos de Jehová, africanas y gitanos. Para tal propósito se estima que construyeron más de 25 mil campos de concentración y exterminio, los cuales compartían características como la tortura, la inanición, el trabajo forzado y el asesinato. Uno de estos campos fue el de Buchenwald, a unos 10 kilómetros de Weimar, que encarceló alrededor de 277,800 personas de 50 países, falleciendo allí cerca de 56,000 personas.

Reflejos frente al espejo

Cincuenta mil personas en Weimar y otras más de cincuenta mil asesinadas en el campo de concentración de Buchenwald...a solo diez kilómetros de distancia. Las noches de reflexión son insuficientes hasta hoy para agotar estos contrastes. Me contaron que al finalizar la guerra el ejército americano llevó habitantes de Weimar a Buchenwald para que testifiquen lo que venía ocurriendo en el patio trasero su bella casa. Al principio me preguntaba equivocadamente, ¿Cuán posible es no haber sido consciente de lo que pasaba a diez kilómetros? ¿Hay responsabilidad? ¿Qué hicieron? Luego caí en cuenta de que incluso en nuestro tiempo seguimos siendo testigos de guerras y explotación de seres humanos. Luego estas preguntas regresaron a mí como un búmeran: ¿Cuán posible es no ser consciente de lo que pasa en el mundo de hoy? ¿Cuán responsables soy hoy? ¿Qué debo hacer?

Weimar ha sido un maestro. Un maestro que puso por delante de nosotros un gran espejo. En el espejo se presenta la historia pasada y se refleja una enseñanza para nuestro presente. La imagen que allí vemos incorpora en extremo luces, en extremo sombras, y en el umbral entre ambas se juegan -también en extremo- los misterios.

En mundo sana cuando sano mi forma de ver el mundo.

A cat among the lights and shadows of Weimar

By: Janek Kobylinski

Dornach, April 17, 2024

The trip

The day before the trip to Weimar, most of my companions went to rest early. This was not my case because I spent part of the night reading. At five in the morning the alarm clock sounded along with the bells of the city of Arlesheim that it was time to get up. Some friends organized to take the tram, while others preferred to take the train. The spirit that was lived was of wanting to walk together taking care of each other. Irupé shared some bread to prepare me a snack. Then Gerard arrived worried about the little time we had, even more so without having things for breakfast, so we prepared some sandwiches. That's how we went minutes later to the Dornach station. I knew that Irupé would be worried thinking that we would not arrive on time and that she would arrive at Basel central station before us. What she didn't take into account is that the train is actually much faster and, in fact, even leaving later, we arrived before everyone else.



We arrived in Weimar almost six hours after the train trip, surrounded by beautiful landscapes, and then met the other friends at the intermediate stop in the city of Erfurt in Germany. We arrived. The feeling in the soul was calm, of friendship and tranquility that went hand in hand with the pleasant climate of this new place. I was not alone in the room, nor were there two of us, nor three...there were five of us: Giorgi, Rezo, Nicholas, Gerard and me. It was a pleasant opportunity to talk about everything: what happened every day, philosophy, love and girls. Between games, Nico assumed a fatherly role at night, either to wish us good night or to tell us to stop talking and turn off all light reflections. Maybe in the mornings it was his voice that told us: "Hey kids, time to get up."



My desire as soon as I arrived was to go for a walk around the city, thus I arrived at a first important point within the tourist attractions of Weimar: its ice creams! The almost two euros that each ball cost were nothing to describe the pleasant sensation of dark chocolate on my palate. It was also a good decision to bring a good book like *A Course in Miracles* to read. I enjoyed this one sitting in the restaurant outside the ice cream shop. "You can't be here," I heard the friendly voice of the restaurant waitress say. —This place is only for those who buy at the restaurant, not for those who buy ice cream to go—. The sun, the book, the ice cream and the view of the Theater platz from where I could see the bust of

Goethe and Shiller like good friends were too good to leave that place. "Then give me a beer, please," I said. I continued in this flow until I felt it was appropriate to pause. When I asked him for the bill I learned something else. —We only receive cash. —I saw the coins he had and they weren't enough to pay for the beer, much less to leave a tip. —Do you receive Swiss

francs? —I asked him. “You can go to the ATM that is very close to here,” he suggested. I then told him that I would return in a few minutes, and I left my beloved book on the table as a witness of my commitment and my soon return. An hour later we were all together walking with Peter and Constanza for our first tour of the city.



The lights of Weimar



This is how we arrived at the house that Goethe had in the beautiful Ilm Park, named after the river that runs through it. The place we went is known as “Goethes Gartenhaus” and the story goes that it was a property purchased by Duke Carl August for him, his good friend. It wasn't until the next day that we returned and were able to see inside both the house and the private garden around it. It is curious that this place has the quality of being far from the city and at the same time no more than five minutes from it. It's a beautiful combination. My attention was captivated by thinking about how Goethe lived with the house, with its interior garden, but, above all, with the large Ilm park that surrounds it. Maybe I heard wrong, but I thought I told Peter that Goethe sometimes walked around naked, and that, seeking his privacy, he once put a gate in the middle of the wooden bridge which you have to cross to get to the park. In the environment there is a deep relationship with nature, art and mystery; which correspond very well with what Goethe's works hold in their essence. As well as this beautiful house located in Ilm, we also visited the house that Goethe had in the city, which was striking for its large size, its modesty, and once again, its beautiful garden around it. And just one block from this was the home of his good friend and illustrious figure from Weimar: Schiller. They were both very close to each other. Constance said that when Schiller died, in 1805, no one dared to tell Goethe directly. It was then that he told his wife about the health of his friend, whom he knew was delicate. His wife could not utter a word, and through that gesture Goethe realized and mourned the departure of his beloved colleague. It is worth knowing in this context that Goethe died in 1832.



It was almost 90 years after Schiller's death, and almost 60 years after Goethe's death, that Rudolf Steiner lived in Weimar, that is, between the years 1890 to 1897. The reason is related, in principle, to the legacy of Goethe, since the last grandson heir of the genius declared in his will that all the properties of his family would pass into the hands of the princess of the Netherlands, Her Royal Highness Grand Duchess of Saxe-Weimar-Eisenach, called Sofia. Something similar also happened with Schiller's inheritance, which is why she founded the archive that bears both their names. It was then that, in 1890, Rudolf Steiner was commissioned to edit the works of Walther von Goethe (this work was called the Sophienausgabe or “Sofia edition”). Then, in 1894, Friedrich Nietzsche's sister did the same, commissioning him to create the literary archive for her brother, who was already bedridden and lethargic in his last years of life, until his death in 1900. Thus, among figures like Goethe and Schiller, or Nietzsche; Weimar has been seen as an artistic, cultural and spiritual bastion for Germany, Europe and humanity; much more so if we consider it to have been home to other important figures such as Steiner, or the illustrious painter Lucas Cranach, the religious reformer Martin Luther, composer artists such as Bach, Liszt and

Wagner; philosophers like Herder and Schopenhauer; writers such as Hans Christian Andersen; to mention a few of them.

Adventure of mysteries



The second day I listened very attentively as Constanza shared verses by Schiller and a story written by Goethe called “The Green Serpent.” Gerard and I soon conspired to prepare a plan: we would visit Ilm Park at night, and we would find the place and time to read said story in one of the spaces in which Goethe's spirit would surely have been inspired. The night arrived and the journey began for the five of us in the room: we shared some kebabs on Dingelstedtstr, we walked towards the Markt platz where the Neptune brunen (statue of Neptune) is located. There I took a detour to contemplate for a minute the Theater Im Gewölbe, which I could only describe as magical. At the shout of the boys I hurried towards the corner and was greeted by Gerard playing a harmonium, whose sound like a baroque church organ enveloped me more in mystery.



Once we cross the small wooden bridge we enter the large park. Among all the darkness we were able to see some lights between the large trees that seemed to draw “something.” We played around saying that it was probably the Hotel California, in reference to the enigmatic hotel that appears in the middle of a highway in the Eagles song. Crossing a clearing we find the Sternbrücke, the most important and oldest historical bridge in Weimar, built in the 17th century. Giorgi and Nicholas decided to watch it from above, while I stayed below with Rezo and Gerard. I wanted to dig around to contemplate the banks of the river and the curious eye-shaped tunnel present between the arches. Once there he called the boys to tell them that a white swan was swimming across the river at that moment. Each scene was more beautiful and indecipherable. And no less curious than what would come after we met in the City Palace or Stadtschoss. Several wanted to return to rest, so we hugged each other and, as soon as we finished our gesture of brotherhood, the bells began to ring twelve times precisely signaling midnight.



Gerard and I decided to return to the eye-shaped tunnel and, once there, we listened to the first part of the story of The Green Snake. It is not up to this story to talk about it, I will only say: what a story! After approximately an hour we decided to walk inside the large, completely dark park and arrived, after a few minutes, at the Gartenhaus. There we continued diligently with our mission of continuing reading while we contemplated this modest and attractive house, until no matter how much curiosity and intrigue the story put before us, we somehow agreed that it was time to return. We later thought that

it was a good decision, since once we crossed the park towards the small wooden bridge Naturbrücke, we could see how a car arrived at Goethe's house only to make a U-turn at the point where we had settled minutes before to read the story. "Maybe we were right to go out," we both said to each other.



And that's how, just leaving the park, in a cement construction in the shape of a crescent, which has two bird legs at its ends, we met "the cat." He was brown, salient and with gestures like a lineage. He approached as much as he sought space from him. This new curious being walked by our side between friendly movements and gestures of independence. Nothing seemed strange to us at that time. We just walked talking to the cat, until, having reached the end of Bethoven Square, the cat stopped, meowed for half a minute, attracting our attention and, once he had it, he jumped so high that it allowed him to climb up to the garden wall of a house. We thought at first that it was Bethoven, but a couple of minutes later we realized that the animal left the Ilm park where the Gartenhaus is located, and that the house it entered was none other than Goethe's house. This is how we understood who he really was.

A usurped light

We learned about another facet of Weimar, one that, in the history of humanity, contrasts in its somberness with its artistic, cultural and spiritual splendor. The names given to the first place we visited introduce us to the topic with some ease: we visited Weimar Square, formerly called Karl Marx Square, formerly called Adolf Hitler Square. I am referring therefore to the relationship between Weimar and Nazism.

To bring some context, the First World War took place between 1914 and 1918, with the dissolution of the German, Austro-Hungarian, Ottoman, and Russian empires. For Germany, the period that began in 1919 for almost three five-year periods is known as "The Weimar Republic", since its new Magna Carta was written in the national theater of this city. Two years later, in 1921, Adolf Hitler was named leader of the Nationalist German Workers party, known as the Nazi Party. Likewise, in 1926 the first conference of his party was held in the square in question, using twisted rhetoric that relied on the contributions to humanity of many of the illustrious figures described above to accommodate his vacuous doctrine of superiority. . In 1933, Hitler was appointed chancellor or head of government of the German State, one of his first actions being the dissolution of the institutions created in Weimar and the establishment of what he called the Third Reich. All this took place in a Weimar that had around 50 thousand inhabitants.



As we know, during his government and during the Second World War, between 1939 and 1945, this Nazi Germany or Nationalist Germany eliminated other political forces and authorized establishing laws without cameras, thus beginning a dictatorship that, as we know, was

characterized by racism and subordination of the individual for the supposed good of a superior Aryan race, for which they implemented policies such as the so-called “final solution”, through which they justified the extermination of nearly 11 million human beings, including Jewish people, disabled people, homosexuals, Jehovah's Witnesses, Africans and Gypsies. For this purpose, it is estimated that they built more than 25 thousand concentration and extermination camps, which shared characteristics such as torture, starvation, forced labor and murder. One of these camps was Buchenwald, about 10 kilometers from Weimar, which imprisoned around 277,800 people from 50 countries, with around 56,000 people dying there.

Reflections in front of the mirror

Fifty thousand people in Weimar and another more than fifty thousand murdered in the Buchenwald concentration camp...just ten kilometers away. Even today, nights of reflection are insufficient to exhaust these contrasts. They told me that at the end of the war the American army took inhabitants of Weimar to Buchenwald to testify what was happening in the backyard of their beautiful house. At first I mistakenly asked myself, How possible is it to not have been aware of what was happening ten kilometers away? Is there responsibility? What did you do? Then I realized that even in our time we continue to witness wars and exploitation of human beings. Then these questions came back to me like a boomerang: How possible is it to not be aware of what is happening in the world today? How responsible am I today? What should I do?

Weimar has been a teacher. A teacher who put a great mirror before us. In the mirror, past history is presented and a teaching for our present is reflected. The image that we see there incorporates extreme lights, extreme shadows, and on the threshold between the two mysteries are played out - also to the extreme.

In the world it heals when I heal my way of seeing the world.